

## EL PUEBLO DE LA TELE

atrapado y arrojado al pilón de la plaza. Luego, a modo de martirio, le cuelgan un churro prendido de un hilo en el nacimiento del pelo, de modo que no llegue a atraparlo con la boca.

Con estas fiestas, con sus atractivos históricos y hagiográficos, dada la situación del pueblo, a ochocientos metros de altura sobre el nivel del mar, y sobre todo por ser «el pueblo de la "tele"», Santorcaz aspira ya al desarrollo turístico. Se han construido algunos chalets, y el municipio prepara hojitas de propaganda para distribuir en Madrid. El señor secretario del pueblo ha escrito unas cuartetas para decir, en verso, las ventajas de Santorcaz. Copio dos de ellas. La primera dice:

*He visto muchos países  
y muchos pueblos de mar.  
Sólo me queda por ver  
la sierra de Santorcaz.*

La otra es más expresiva todavía, si cabe:

*Si tú no puedes dormir,  
si tú no puedes cenar,  
todo lo tendrás resuelto  
si vienes a Santorcaz.*

La señora María, después que me hubo contado la historia de San Torcuato, decía una razón de más peso que las mencionadas por el señor secretario: «Este es un pueblo maravilloso. ¿Ve usted la Puebla Nueva del Rey Sancho? Pues igualito, igualito es Santorcaz». ■ L. C.



Las élites (fuerzas vivas) saben, piensan, reflexionan, analizan y deciden, pero siempre en pro del bien común. Uno de sus miembros, el maestro, simboliza la autoridad científica y la virtud fundamental que aporta es la honestidad.

# SANTORCAZ, FICCIÓN

M. Vázquez Montalbán

UN pueblo, naturalmente, castellano. Un pueblo que es en su formalización toda una declaración de principios: arquitectónicamente tradicional, blanco, limpio, luminoso (la lluvia apenas ha hecho su aparición en la serie). Esta morfología ideológica se aplica igualmente sobre los personajes de carne y hueso que son: físicamente tradicionales, blancos, limpios, luminosos. Nada turba el apacible paseo de la mirada del espectador por esta geografía urbana y humana, pulcra y sedante. Ni un papel en las calles, ni un chorro en los rostros, ni una meleana, ni una chaqueta derruida. Hay, pues, una propuesta inicial de pacificación visual. El televidente ha de abandonar toda esperanza de temor o conflicto a las puertas de este simbólico pueblo español. Como luego veremos, los conflictos suelen venir vía forastero o vía **demonios familiares**: siempre tienen un inductor no ligado con los personajes, ideas y estructuras esenciales del pueblo pulcro y quintaesenciado.

En publicidad, toda idea positiva está en función de la idea negativa que aniquila por su sola presencia. Hay colores, gestos, lenguaje físico y humano que son naturalmente negativos: la palabra no, el color negro, el exabrupto hablado o mímico, el desorden de las cosas. Por extensión, otra serie de valores convencionalmente positivos ocupan el lugar de los conven-

cionalmente negativos: el corte de pelo de los personajes masculinos de «Crónicas de un pueblo» —contra la melenidad, las faldas de las protagonistas femeninas, contra la minifalda, la pulcritud normativa de gentes y fachadas—, contra el desorden y la suciedad como protesta primaria. Las formas inmediatas y constantes que sitúan el lugar y los protagonistas se proponen sustituir la tentación del desorden moderno por un orden de manual de urbanidad y moral claretiana.

A continuación hay una descripción funcional de la sociología del pueblo: fuerzas vivas (alcalde, maestro, cura, guardia civil, médico y alguacil-cartero), personajes

complementarios del pueblo (en general, personajes femeninos o comerciantes directamente relacionados con las fuerzas vivas); dos coros, el pueblo como colectividad y los niños como elementos para manipulaciones especiales; finalmente, el forastero, fuente del tema-intriga, del conflicto y base para una conclusión moral prácticamente invariable. Los personajes fundamentales son las fuerzas vivas, los niños y los forasteros. Hay entre ellos un ajuste de repartos en la representación simbólica y valorativa y en la propuesta de mitos para el consumo ideológico del espectador. Veamos algunas equivalencias:

	SIMBOLO	VALOR	MITIFICACION
Alcalde	Autoridad civil	Sacrificio	Bien Común
Maestro	Autoridad científica	Honestidad	Bien Común
Médico	Salud del cuerpo	Seguridad	Bien Común
Cura	Salud del alma	Ultra-seguridad	Bien Común
Niños	Futuro	Ingenuidad a proteger	Futuro
Pueblo	Colectividad	Fidelidad	Bien Común
Forastero	Novedad	Contraste	Vigilancia

El símbolo es una propuesta del emisor (programadores y guionistas) al receptor (telespectadores) de una lectura común.

El valor es algo así como la virtud fundamental que el símbolo aporta al público. La mitificación

es la conclusión ideologizadora que ha de extraer el público de los símbolos valorados y en ejercicio a través de la peripecia de cada episodio.

Las élites (fuerzas vivas) saben, piensan, reflexionan, analizan y de-

ciden, pero siempre en pro del bien común. El pueblo, ingenuo y bueno, pero a veces injusto, debe comprender la coincidencia perpetua que hay con las autoridades en el seno del Bien Común; si no por ellos, al menos por sus hijos, esos niños tan sabiamente manipulados por los programadores-guionistas. En cuanto al forastero hay que aceptarle con la hospitalidad proverbial del pueblo hispano, pero con la natural distancia de un pueblo ya muy avisado por los males de la Injerencia extranjera. A veces, la figura del «extranjero» es realmente la de un extranjero de el extranjero, pero casi siempre el «extranjero» conflictivo suele ser una especie de españoles o muy montaraces. Situado en el punto justo del equilibrio armónico de los hombres y las tierras de España, Puebla Nueva del Rey Sancho es el baremo que mide toda clase de extranjería: la del español urbano descasado y de espaldas a los valores esenciales y la del español ultra-individualista, saboteador de ríos y ladrón de ovejas o cálices.

Esta hispano-centría que detenta Puebla Nueva del Rey Sancho habla del indudable recelo con el que ciertas gentes presencian el desarrollo de una ciudadanía ligada a los polos industriales del país. Frente a la actitud histórica de la burguesía y el proletariado urbano, los programadores de la serie resucitan un confuso tipo-modelo de español agrario que participa de la cultura secular gracias a la televisión, mientras sus relaciones de producción están en el más absoluto misterio (todo el mundo parece pequeño propietario agrario o vive de renta, porque la clasificación laboral no aparece por ninguna parte).

### Una sociedad primitiva

Este pueblo quintaesenciado, en el que al parecer no hay emigran-

tes a Alemania (o adonde sea), en el que el consejo de autoridades obra desde un paternalismo enternecedor en el que el curita lleva preconiliar sotana y es muy capaz de sumarse a acciones de masas (con cierto tono violento) en defensa del patrimonio forestal, piscícola o espiritual, se rige por una Norma de Conducta no escrita, heredada de la tradición y en perfecta conexión con el sentido común. Pero es cierto que una Norma de Conducta no escrita es insuficiente desde unos cuantos milenios antes de Jesucristo. No vamos a meternos en la peligrosa disquisición de a qué ángel del mal se le ocurrió poner las leyes por escrito, favoreciendo la posibilidad de conocerlas, reclamarlas o abolirlas, pero en nuestro entrañable pueblo hispano, también se ha tenido que transigir con el mal menor de la ley escrita.

Una comunidad pulcra, noble, austera, tradicional, al margen de extranjerismos, soleada y no acuciantemente pobre, si además tiene una norma jurídica responsable y responsabilizadora, ¿qué más necesita para ser feliz históricamente hablando? Dos cosas: turistas e inversiones. El problema de los guionistas ha consistido, sin duda, el combinar la positividad del turismo y la inversión de capital, con la negatividad de la extranjería. La conclusión a la que han llegado, la mitificación ideológica que proponen semana tras semana, es que debamos aceptar divisas e inversiones, pero permanecer ligados a «lo nuestro», sin dejarnos influir en «nuestras» costumbres, sin dejarnos arrebatar «nuestros» valores tradicionales.

Creo que ya he aportado suficientes connotaciones para demostrar que *Crónicas de un pueblo* es un programa que responde a una teoría de España y los españoles, y que intenta convertir esa teoría en ideología de masas. Si el programa es eficaz o no hay que dejarlo en el terreno de lo problemático: no hay aparatos que midan con fidelidad los efectos de los «mass-media». Los personajes, portavoces de esa transmisión ideológica, son de una pieza, auténticos héroes positivos de pura raza. Sobre todo, los personajes clave (el alcalde o el maestro) no tienen contradicciones. La caricatura como procedimiento de relajación se aplica sobre personajes secundarios (en correspondencia con el gracioso del teatro tradicional), como el alguacil-cartero y el chófer-mecánico, en la mejor línea de la tiple y el tenor cómicos del género chico. Los personajes dominantes mantienen una relación totalmente armónica entre lo que representan, lo que son y lo que dicen o hacen: el maestro no tiene conflictos matrimoniales, ni bebe una copa de más, ni pega un pesozón a ningún niño, y si bien en

un guión violó el derecho de inviolabilidad de correspondencia (intercepta una nota cruzada entre un niño y una niña valiéndose de su autoridad) lo hace por el bien de los niños y, en definitiva, por el Bien Común.

### Ideología fundamental e ideología coyuntural

Hasta ahora, «Crónicas de un pueblo» ha planteado la lucha de reconquista ideológica en un doble plano: defensa de ideas fundamentales y defensa de ideas coyunturalmente convenientes. Llegó un momento en que las ideas fundamentales ya están allí como convención inicial, por el mero hecho de que el telespectador se predispone a ver el telefilm: son ideas fundamentales las casas, las calles, las gentes, los niños, el maestro, las piedras, los árboles, el sol, todo el metalenguaje ideológico de una determinada selección de cosas y gentes.

Bien fijada esta convención inicial, desde su plataforma, la serie puede aplicarse a la defensa, aplicación o combate de ideas coyunturales: ha habido guiones dedicados a la contaminación atmosférica, a la calumnia pública, a la igualdad de oportunidades, a los que no van a misa (hijos de papá de capital), a los pequeños odios rurales, etcétera, etcétera. Esto es la ganga del metal precioso, aunque ganga y metal conformen un producto coherente.

Hasta en la elección física de los personajes se ha actuado adecuadamente por el espíritu inspirador de la serie: el maestro es maduro, pero fuerte; gordito, pero energético (nariz chafada de ex boxeador); el alcalde es una adaptación celtibérica del político a lo Kennedy; el médico es un señorito fino, que huele a capital, pero que se ha adaptado perfectamente al encantador pueblecillo; el cura es pequeñito, añiñado, pero corajudo; las mujeres tienden a estar gordas y a ser apéndices de sus maridos. Es curiosa a qué tipos sociales y biológicos está asimilada la idea de pasividad: a los comerciantes y a las mujeres, resabio evidente de una valoración hecha por un pueblo de guerreros y hombres. En este, y en otros muchos aspectos, *Crónicas de un pueblo* podría haber sido programado en la Alta Edad Media, por el obispo de Tuy o por el Cid Campeador. Hay una devaluación del tabernero y las mujeres, situados objetivamente a un nivel de participación histórica inferior al del alguacil-cartero, tal vez porque la gorra imprime carácter. ■ M. V. M.

## LA EDUCACION DE PALMIRA

Nuria Pompeia • Manolo V



¡MUEVES MAL LA MANO, PALMIRA!  
¡ASI NO HAY MANERA!



¿LO VES? Y ADEMAS HAS DE SACAR UN POQUITO DE CADERA. HAY MUCHO APROVECHADO QUE BUSCA LO QUE BUSCA...



MÁS CADERA PALMIRA, MÁS CADERA. QUE NO PARAN...



¿VES? SALIÓ BIEN. AHORA TE SERÁ MÁS FÁCIL A TI SÓLA ¡ADIOS PALMIRAAA!...